

PQ 6554

P3

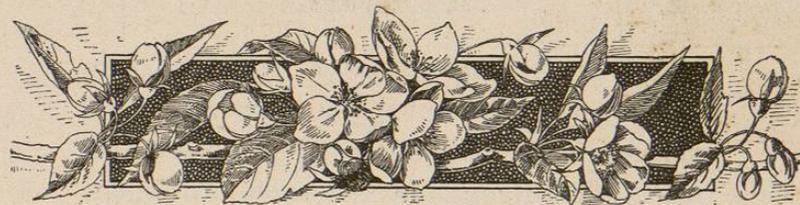
A4

V.2



FONDO EXTERNO
VALVERDE Y TELLEZ

Es PROPIEDAD



I

LAS PRIMERAS SEMANAS

DESPUÉS de haberla temido tanto Nieves, le resultó hasta entretenida la tarea de pagar las visitas que debía entre las recibidas de los villavejanos en Peleches; porque, bien mirado el asunto, tenía su lado original y pintoresco; y ella, al fin y al cabo, era algo artista y muy observadora. Sorprendió á Rufita González en ena-

010477

guas y en pernetas, huyendo por el pasillo al conocer la voz de los que llamaban, después que su madre les había abierto la puerta. Tuvieron que esperarla un buen rato en la sala, que era pequeñita, como toda la casa desde el portal, y vieja, por supuesto, con puertas acuarteronadas, cerraduras y pestillos enormes y vidrios muy chiquitines, donde los había. Se llenaba la salita, que no estaba sucia propiamente, con cinco sillas y un sofá de paja; una consola con su espejillo encima, dos floreros y el retrato de Nacho, de la misma edición que el que tenía Nieves; un veladorcito en el centro con tapete de *crochet*; seis litografías con marco enchapado de caoba, en las paredes, y tres felpudos de colores en el suelo. Nada de cielo-raso. En Villavieja apenas se conocía ese lujo ni aun en las casas más pudientes: el maderaje descubierto, con un par de lechadas ó dos manos de una tierra amarilla que abundaba en un covachón de la sierra.

La vivienda de las Escribanas era mucho mayor y hasta mucho más vieja. Se entraba por un portal oscuro, con gallinero y todos

sus accesorios y *consecuencias*. La escalera tenía dos tramos solos: el primero y más corto, de asperón desgastado por el uso; el segundo, que descargaba en el piso, de tablones de encina, negros y revirados ya de puro viejos. La sala de recibir era ancha y larga, pero baja de techo, y éste embadurnado de amarillo. Tenía dos alcobas y un gabinete; las puertas, macizas también y de abultado herraje; y como allí «se daban» reuniones, abundaban las sillas más que en casa de Rufita González, y aun había algunas de tapicería de lana; las alfombras eran de fieltro; se contaban hasta cuatro rinconeras con baratijas del bazar de Periquet, y sobre la consola, amén de los clásicos floreros con fanal y un relojillo de bronce que no andaba años hacía, más baratijas valencianas y muchos caracoles y cascaritas de la playa. Debajo de la consola una guitarra, á cuyos sonos, arrancados por las uñas de la Escribana mayor ó de dos «chicos» que alternaban con ella en las noches de reunión, se bailaba; mucho lazo de colores y sendas tiras moldeadas, de latón amarillo, en los cortinajes de las

alcobas; las historias, en litografías iluminadas, de *Moisés* y de *Ricardo en Palestina*, con marcos revestidos de papel dorado; los indispensables tapetes de gancho en los veladores del gabinete y de la sala, y hasta tres escupideras de caoba, con serrín sobre papel blanco, distribuídas en ambas piezas. Bastante aseo en todo lo que estaba á la vista, y mucho ruido *adentro*, como de metralla de vasar y cánticos en falsete arriba, y abajo el incesante cacarear del averío.

La morada de don Eusebio Codillo: en la Plaza Mayor, con el retrato del monarca reinante (porque era él, Codillo, del ayuntamiento) en el testero de la sala, grande, vieja y sin cielo-raso también, con muchas sillas, dos sofás, dos consolas, cuatro floretos, seis alfombritas, casi, casi de verdad, y mucho monigote valenciano por todas partes; un piano resobado, punto más que clavicordio, á juzgar por su vitola humilde y anticuada; guirnaldas y ramilletes de flores contrahechas en paredes, mesas y veladores... y mucho gato, vivo y efectivo, de todos pelos y tamaños, entrando

y saliendo paso á paso, con el rabo en alto y muy derecho, enratonados unos, zalamerillos otros, y todos muy sobones y entrometidos.

Y así por este orden, alojadas todas las familias de igual pelaje, gato, perro, lorito, velador ó colgajo más ó menos.

En otra jerarquía más elevada, los Vélez en su caserón de alta y ennegrecida fachada, llena de escudos mohosos y de balconajes oxidados, empotrada y reventándose entre otras dos que, por lo humildes y despatarradas, parecían estar sosteniéndola por obra caritativa; el portal enorme, oscuro, lóbrego y con el suelo de adobes; la escalera, ancha, de zancas trémulas y peldaños jibosos; luego el vestíbulo, tan grande y tan sombrío como el portal, con gran banco de madera con escudo de armas tallado en el espaldar, arrimado á la pared debajo de un tapiz descolorido ya y hecho jirones; después el estrado, como cuatro vestíbulos de grande, con su tillo de anchas, abarquilladas y viejísimas tablas de castaño; su techo de viguetería descubierta, de la misma madera y del

propio color que el suelo; sus claros abiertos á la fachada, como tragaluces de mazmorra, por lo bajos y lo espesos; sus sillones de alto copete, penetrados de la polilla; sus cornucopias desazogadas; sus alfombras raídas; sus retratos de familia pintados en lienzo, y su Ecce-Homo en cobre, borrosos y mordidos por la sarna de los tiempos; sus damascos lacios y descoloridos; sus dos consolas con columnitas de basa y capitel de metal dorado, sosteniendo los sempiternos candelabros de malaquita y bronce; y en fin, su péndulo asmático, de *carillón* que ya no funcionaba; y el estrado y el vestíbulo y la escalera y cuanto podían distinguir los ojos del profano visitante, todo á media luz, y limpio y reluciente y silencioso, inmóvil, frío y con el vaho de las criptas, como si allí no hubiera hogar ni se viviera.

Al revés de la otra casa, el alcázar de la otra *dinastía* de Villavieja: la mansión de los Carreños, la menos vieja de todas las de la villa, con su poco de color en la fachada, vidrieras de á cuatro cristales, un jardinillo en la trasera, suelos firmes y

á nivel y techos de cielo-raso; la chimenea ahumando casi siempre; mucho ruido de sartén y mucho tufo de cocina; mucho barullo en todo, y para todo poco aseo; los muebles casi amontonados en la sala; los colores crudos y chillones; mucha jaula con pájaros de mucha voz y grande y sucio comedero, como el mirlo y el malvís entre otros; palomar en la buhardilla y mastín suelto en el portal; en fin, *dinastía* sin abolengo, plebeya, encumbrada por la fuerza del dinero y de la intriga en tiempos no lejanos.

Algunas familias de las visitadas, las que habían subido á Pelechés á ofrecer de todo corazón sus respetos á los señores, los agasajaron en la visita con vinos dulces, bizcochetas y rosquillas, como era costumbre allí; y si no la siguieron las Escribanas y otras gentes tales en idéntica ocasión, fué porque no se les había hecho á ellas el mismo agasajo en Pelechés. Puntillos de etiqueta entre *iguales*.

Por supuesto que las Escribanas la armaron también aquel día. A media visita, la mayor de las tres, que, como se recordará,

estaba algo picada por haber visto á Leto, tan desabrido con ella, despepitarse con Nieves, y además sabía lo del paseo marítimo y otra porción de cosas, ciertas ó soñadas, y era de suyo tan vehemente, cogiendo la ocasión por los cabellos ¡zas! allá va una catilinaria sobre la falta de educación de «ciertos villavejanos que tenían en poco á las Santas del lugar, y luego se desvivían por adorar al primer zancarrón que les traían de la Meca». Las otras Escribanas, conociendo adónde iba el golpe, trataron de desviar la puntería con unas chanzonetas á su modo; pero la Escribana mayor no estaba jamás para bromas de sus hermanas, y en aquella ocasión menos que nunca. Largó, pues, el saetazo de protesta; respondieron las otras con las respectivas puñaladas; comenzó á reír la madre sin ton ni son; entróle miedo á Nieves; miró á su padre que la comprendió en seguida; despidiéronse con la mayor prudencia posible, y, sin saber, afortunadamente, de qué se trataba, salieron de la visita, oyendo desde el portal,—no obstante la batahola de aletazos y cacareos

del averío al dispersarse temeroso,—la que quedaba armada arriba entre las cuatro mujeres.

También Rufita González echó sus garbancitos fuera de la olla, disparándose sobre el tema de su «primo carnal» al enseñar á los de Pelechés el gabinete que se le había dispuesto «en aquella pobreza», por si tenía á bien aceptarle cuando viniera, con el cariño con que había de serle ofrecido. De aquí pasó de un salto á los rumores públicos, á las bromas que á ella la daban amigos y conocidos, y á lo equivocados que andaban unos y otros en el supuesto. Fué largo el disparo y terminó de este modo:

—Lo que yo les digo: eso á los compañeros de Pelechés, si acaso; allí hay hermosura y elegancia y trigo por largo ¡ja, ja, ja!... para tentar las codicias y los buenos gustos de un joven tan distinguido y tan hermoso como mi querido primo carnal... ¡Ja, ja, ja, jaaa!...

La canción aquella, por repetida y chabacana, puso colorada á Nieves y supo á rejalgar á su padre.

— ¿Pero has notado qué tema el de esa chica? — díjole aquélla en cuanto pisaron los dos el suelo de la calle. — ¿Por qué le tiene?

— Porque es una tarasca — respondió Bermúdez — que se alampa por novio y quiere que le cuelguen ése.

— Y lo que supone de él... y de mí, ¿de dónde sale y por qué lo dice ella?

— Esas cosas se suponen siempre por el público entre primos como vosotros, ó las dan por supuestas y se las espetan á los interesados, con distintos fines, marimachos imprudentes como Rufita González.

Durante estas tareas, los de Peleches, antes de subir á casa, tomaban un respiro en la botica y echaban un párrafo con los boticarios sobre las gentes y las cosas recién vistas y pasadas.

— Enséñeme usted más acuarelas — decía á lo mejor Nieves á Leto, — ó más dibujos.

Y Leto la complacía de muy buena gana; y con motivo de los dibujos ó de las pinturas, otro párrafo mano á mano entre la sevillanita y el mozo farmacéutico, párrafo que á éste le sabía á gloria.

— Tiene usted que enseñarme — le dijo ella en una de estas ocasiones — á pintar estas manchas de árboles. A mí no me salen más que emplastos, que lo mismo pueden ser peñascales que arboledas ó que nubes de granizo... Suba usted esta tarde, si no tiene mucho que hacer...

Y subió Leto por la tarde.

Otro día le dijo en la botica:

— He echado á perder aquello que dejó usted empezado para que yo lo continuara. Suba usted esta tarde para enmendarlo, si es que tiene enmienda.

Y subió Leto también.

En estas y otras, se acabaron las visitas, y los señores de Peleches proclamaron la independencia del solar, con todos sus habitantes, usos y buenas costumbres.

Por remate del *acto* dijo el padre á la hija:

— Hemos cumplido nuestro deber, no sólo como honrados, sino como héroes. Ahora, hija mía, buen corazón para todos y buena cara donde quiera que nos encontremos con ellos; pero nada más y como si no hubiera habitantes en Villavieja. Si